

«Recuperar lo pasado»: Abraham Pereyra, un catequista judío en la Holanda de Espinosa (*)

GABRIEL ALBIAC

«We're old souls in a new life, babe...»
(THE PHANTOM OF THE PARADISE)

I

... Todos estaban enfermos. Lo sabían. El diagnóstico era claro y la cura difícil. La mayor parte de ellos lo aceptaba. Ansiaban el retorno, la paz al fin, después de dos siglos de duplicidad trágica, de muerte, y estaban dispuestos a pagar el precio. Lo estaba Abraham Pereyra, por ejemplo, autor de dos libritos piadosos¹ dedicados a retrazar con humildad las vías del regreso. Verdaderos catecismos de la reeducación, redactados desde la aceptación autohumillada de la propia miseria, las obras de este prohombre (en el plano religioso, pero también en el económico y social) de la diáspora sefardita en Amsterdam constituyen un testimonio precioso del punto al cual ha llegado, en la segunda mitad del siglo XVII, la autoculpabilización específica a la consciencia marrana. Y si la opción final del comerciante madrileño —de nombre cristiano Thomas Rodríguez Pereyra— no es otra que la apologética religiosa más convencional —casi se podría hablar de gazmoñería pura y simple—, el patetismo de su imagen perdida por el horror del pasado propio (también la heroi-

* Lo que entregamos aquí no es sino parte del párrafo tercero del capítulo 2 de la Sección I de un libro que, con el título de *La sinagoga vacía. Un estudio de las fuentes marranas del espinosismo*, daremos a la publicación próximamente en la Editorial Hiperión.

¹ *La / Certeza / del / Camino / Compuesta por / Abraham Pereyra. / Dedicada al Señor Dios de Israel, en / Lugar de sacrificio sobre su Ara, por expiación de / peccados del Autor. // En Amsterdam 5426 / Estampado en casa de David de Castro Tartaz. (En adelante, Certeza...)* y *Espejo / de / la Vanidad del Mundo; / Compuesto por / Abraham Pereyra. // En Amsterdam, / En casa de Alexandro Ianse y a su costa, vive en el Bulling-straet, / Año 5431. (En adelante, Espejo...)*.

cidad puede ser insoportable a la memoria) no pierde con ello un ápice de su grandeza.

«Llevaron de acá nuestra lengua y todavía guardan y usan della de buena gana; y es cierto que ... no compran ni venden ni negocian en otra lengua, sino en español.» Llevaron también, sería preciso añadir —tal vez no, tal vez sea explicitar lo obvio— sus fantasmas, su culpa interiorizada, su desgarrada consciencia; y su lengua fue, antes aún que el instrumento de la venta y el comercio de que Gonzalo Illescas nos habla, el lugar de materialización de una desdicha profunda, de una permanente tensión irresuelta: la del imposible olvido, la del vano querer ser sin sombra ni pasado, la del crispado deseo de no haber sido héroes, de borrar lo sido, que, sin embargo, fuera heredad única y preciosa a lo largo de dos siglos de muerte: la continuidad heroica debe ahora ser definitivamente rota. La Sinagoga ha de cerrar sus puertas al recuerdo obsesivo de las tinieblas exteriores. En Castilla y Portugal, la memoria fue condición de supervivencia; en Holanda —culminada la travesía del desierto— lo es el olvido. La lengua y el olvido: difícil maridaje. Lengua es sólo memoria, sola memoria...

Pero la enfermedad, la enfermedad del recuerdo, ¿cómo curarla? Endiablado psicoanálisis del revés, la tarea del censor sólo halla su eficacia al ser interiorizada en el sujeto mismo, en el paciente sumiso. Fue el *malsín* —aunque excepción— instrumento esencial del Inquisidor. El «retornado», transido de su insoportable consciencia de culpabilidad, lo será ahora, con igual crispación devota, del Rabino:

«Y así desperte la voluntad y el entendimiento a trabajar, para hazer algo bueno, digno de recuperar tanto perdido; y con la desconfianza en este mal, estoy en silencio conmigo, y a solas me pregunto, qual sería el efectivo remedio»².

¡Pobre Abraham Pereyra! Por un momento, parece haber sospechado hasta qué punto su lengua misma era, más que vehículo, presencia exactísima, imborrable, de aquella cosa odiada —la memoria— que se trata de extirpar; por un momento, el acecho del silencio lo ha tentado. Luego ha optado por otro de los rostros de la muerte: aquel que un compatriota suyo está, por esos mismos días, describiendo, minucioso, como el «más miserable» de ellos como la por partida doble vil muerte del *arrepentimiento*. Pero tal vez la grandeza única a la que puedan aspirar los espíritus débiles sea ésta de la indignidad voluptuosamente apurada hasta el último peldaño de la humillación. Hay grandeza en quien traiciona sin lí-

² *Certeza...*, «Dedicatoria».

mites, con voluntad sistemática de infamia. Tal vez Abraham Pereyra —que escribe, no hay que olvidarlo, por los mismos días en que Sabatai Zevi se proclama, ante la Nación Judía, *Mesías Apóstata*— ha sospechado algo de eso. Tal vez no. Mas qué puede añadir la consciencia o no, a un texto de la plenitud mortificatoria de aquel con que se abre la «Dedicatoria» de la *Certeza*...:

«Y ningun exemplo me es de mayor consuelo, ni quedo mas propiamente advertido que el de aquellos que haviendo salido de alguna gran enfermedad, se ven todavía moestados de ligeros accidentes, y aun despues de haver de todo punto deshechado las reliquias de la indisposizion, les inquietan sospechas, y estando ya sanos, dan el pulso a los medicos, des acreditando, qualquier calor que sienten en los pechos; el mio inquieto, padisce, este no sospechoso, sino efectivo mal, y assí delibere, curarme por vn tiempo en este mi retiro, para que fuesse escuela mi ignorancia, donde trabaje dando garrote al entendimiento, hallandose mas libre, y apartado del concurso, donde se esconde la quietud»³.

La tarea de agarrotamiento del intelecto emprendida por Abraham Pereyra, ha encontrado, es bien natural, el entusiasta apoyo de los más intransigentes de entre los rabinos de la Comunidad. Pereyra era, por lo demás, un personaje perfecto para poder ser erigido en ejemplo y espejo moral ante sus conciudadanos. «Nacido en Madrid, perseguido por la inquisición, había huido a Venecia y después a Amsterdam. Muy estimado a causa de sus riquezas y de sus talentos fue durante varios años presidente de la comunidad israelita portuguesa de la ciudad del Amstel y, como tal, adherente de la secta religiosa de Sabatai Zevi»⁴, Abraham Pereyra es rápidamente erigido en estandarte y banderín de enganche por los defensores de la definitiva *ashkenización* incondicional de los sefarditas hispano-portugueses. Dato relevante: de los tres nombres que firman las «aprobaciones» con las que se encabeza el primero de los libros de Pereyra (a modo de un curioso *nihil obstat* rabínico, que, desde luego, no podría, en modo alguno, al menos en la libre Holanda, ser considerado en simple paralelo con la constrictiva práctica de sus contemporáneos cristianos), dos nos son bien conocidos por su directa implicación en los dos *herem* más cruciales del siglo: Yshac Abuab (o Aboab) de Fonseca —que lo pronunciara contra el hijo del *ex-parnassim* Michael de Espinosa— y Mosseh Rephael de Aguilar —que contribuyera, con saña manifiesta, en 1639, al machacamiento moral del «excluido» y suicida Uriel da Costa.

³ *Ibid.*

⁴ KAYSERLING, M.: *Biblioteca española-portuguesa-judaica*; Strasbourg, 1890, p. 87.

Ambos se sienten ahora bien satisfechos ante el buen ejemplo de reeducación, dado por el burgués moralista. Y, sin embargo, ni siquiera esa satisfacción los autorizará a permitirse la generosidad de olvidar, por un momento, la cantinela acerca de los riesgos espantosos que acechan al descompuesto mundo de los ex-marranos españoles. Moderado se muestra aún Abuab de Fonseca, al limitarse a subrayar —tras haber, eso sí, arremetido contra los libros profanos, los cuales es preciso, dice, desterrar, pues «*los menos dañosos están llenos de vanidad y mentiras*»⁵— la oportunidad de este tipo de obritas catequéticas, dado que «*destos [tratados piadosos] carecen los de nuestra nación portuguesa, y española, que es causa, de empleáren el tiempo, tan digno de estimacion en licciones, que trahehen consigo más daño que provecho*». Menos contemporizador —y mucho más explícito— es el texto —en portugués— de Rabí Mosseh Rephael de Aguilar, quien no desaprovecha la ocasión de echar juntos en el mismo saco a Inquisidores y Marranos, verdugos y reos. Irónica constante histórica: el reo que sobrevive al verdugo, es considerado por sus cofrades como por él contaminado e inevitablemente sospechoso:

«*Cumprida por maõ dos crueys Ministros da tiranica Inquiziçã, executores da ira do Senhor. A violencia deste braço, he aque os vay botando pouco a pouco para terras, donde pela misericórdia de Deos, o podem livremente aclamar por seu Rey, e observar sua Ley santa. Más como seja que quando a ellas chegaõ, hejà enhidade mayor, quando lhes he muy difficultoso amparar o estudo das Divinas Letras; se ficaõ pella mor parte privados da Doctryna mays necessaria, para sufficientemente os exortar a desandar o caminho errado que seguiraõ em offença de Deos, e mediante a verdadeyra penitencia, e sagrada doctrina, tornar ao certo, que os aja de conduzir ao felice porto da salvaçaõ de suas almas, pella falta de livros, que ha desta faculdade no nosso idioma*»⁶.

Catilinaria apologética, ésta, que viene seguida, de inmediato, por una curiosa loa de Abraham de Pereyra, ejemplo y modelo de virtudes, de la cual lo menos que puede decirse es que resulta de una más que dudosa cortesía para con un homenajead, cuyo meritorio ascenso hacia la luz y la obediencia no parece haber logrado nunca borrar del todo la huella de una originaria inanidad religiosa, muy explícitamente evocada al inicio del siguiente párrafo:

«*Nao foy isso bastante, para que o Zelossissimo Senhor Abraham Pereyra (posto que desta classe) Carecesse deste bem; pois amando a*

⁵ Tanto la nota de Abuab como la de Aguillar encabezan, junto a otra de I. Naar, sin paginar, la *Certeza*...

⁶ Cf. nota anterior.

Ley, e seus Proffessores; frequentando as Iesibot⁷ donde ella se medita, e lendo, e ouvindo continuamente a lição de livros espirituays; venceo todas as difficultades, e se pôs na estrada real, taõ firme, eseguro, que pôde nella, constituirse por guia dos demays, compondo este libro, que dignamente intitula A certeza do Camiño celeste»⁸.

Aceptada por Pereyra la humillación explícita —mejor, interiorizada y hecha gloria propia y norte de vida—, nada puede extrañar ese patético inicio, automortificatorio hasta el masoquismo extremo, en el que el *judío nuevo*, tras invocar al «señor Dios de Israël», describe su mansa aceptación de la terapia impuesta por el rabino:

«El remedio, Señor, para librarme destes tan manifiestos males es bolverme a ti, y con dolor intrinseco, llorar mis culpas, que he irritado, y despertado tu ira, emmendar mis costumbres y mirar los paços por que me perdí, para recobrarne por los contrarios, y no yerrar las acciones desta incierta vida: para ello me vali del concejo, y receta de varones sabios, guardaràs para hazer, como todo lo que te enseñaran; y lo que más me encargaron fuè señalar hora efectiva, para acudir a vn Midrás, a deprender, y perguntar la Ley; y aun que me juzgava incapaz dello, con todo, como no ay criatura libre deste excencial precepto, pues dizen los sabios, deprendimiento de Ley como escuenta todas ellas, el dezeo de recuperar lo passado, y el gusto de aprender algo en esta hedad, me facilitó el remedio. Y assi desperté la voluntad, y el entendimiento a trabajar, para hazer algo bueno, digno de recuperar tanto perdido»⁹.

Recobrar lo perdido, pues. Restablecer la salud espiritual arruinada, reencontrarse con un pasado inevitablemente extraño, impregnarse, con paciencia sistemática, de él, retornar al hogar y olvidar, aplicadamente, los tiempos oscuros, los abismos exteriores... Presentado en su apariencia, como una tarea de reencuentro, es, ante todo, un ejercicio de abandono el que Pereyra se plantea y plantea a sus hermanos: olvido de un pasado infame —el de la propia heroicidad—, olvido de la indignidad de haber sobrevivido en un mundo odioso, el

⁷ David Franco Mendes nos testimonia así la fundación de la Yesiba *Tôra'or*, en la que «el charitativo e discreto»-comerciante ha jugado papel preminente de promotor y alumno:

«No A[nn]o 5416, 1656 Fundarão os virtuosiss[i]mo D[o]n Ephraim Bueno e o charitativo e discreto Ab[raha]m Pereyra, com 15 Ir[mão]s a jesiba *tôra'or* E elegerão ao H[a]h[a]m Is[hac] Aboab. Meditarão 1/2 hora p[o]r dia *harambam*. Os prim[eir]os estud[ante]s della forão o d[it]o Pereyra, R[abi] Mord[ecay] de Castro, R[abi] Is[aa]c Gomes Netto e Ab[raha]m Toro.»

Memorias do estabelecimiento e progresso dos judeos portuguezes e espanhoes nesta famosa cidade de Amsterdam, edición a cargo de L. FUKS, R. G. FUKS-MANSFELD y B. N. TEENSMA; Van Gorcum-Assen, Amsterdam, 1975, pp. 62-63.

⁸ Cf. nota 5.

⁹ *Certeza...*, «Dedicatoria».

de la impiedad y el Santo Oficio, amnesia radical e irreversible, pérdida sistemática de toda memoria. Mas, ¿es posible olvidar? No, no hay olvido. Imborrable es la memoria. En el siglo XVII holandés, la lucha desesperada contra su omnipresencia impía, insoportable, marcará a toda una generación de exiliados. La derrota definitiva no hará sino abrir las puertas a esa segunda generación, temida por los rabinos y mirada con rencor por el pueblo llano de la Nación, que es la de los jóvenes negadores de toda tradición, la de los escépticos desgarrados, patéticos o fríamente sistemáticos según los casos, aterrados de sí mismos o cínicos y displicentes: una generación que fuera tildada de epicúrea por la voz de la Sinagoga, generación de los Uriel da Costa, de los Juan de Prado, de los Baruch de Espinosa. En ellos, en los hijos corrosivos de una estirpe de hombres piadosos, puede, con seguridad, pensar A. Pereyra —que los tiene ya, en este año de 5426 (1666), bien a la vista¹⁰— cuando, al reflexionar sobre su llegada al judaísmo abierto, se queja, con amargura que no sabríamos dejar de creer sincera, de la dura herencia que su falta de bagaje tradicional va a hacer recaer sobre los descendientes de la Comunidad aquella heroica, puesta al fin a salvo, pero esquilada hasta los huesos de saber y de palabra propios:

«Y habiendo yo allado tan tarde este buen camino [de la Divina Ley], en mi tan impropio, de comprehender los Divinos misterios, faltandome avn el merecimiento de conoscer las letras de la lengua Sancta; fuè grande el atrevimiento, quando por peccados, somos tan pobres de Authores los que nos recogimos tarde; y aun que à vista deste manifiesto daño, dà el entendimiento mayores voces, atropellando por todo, seguí en la porfia del estudio, en cuyo culto, y exercicio consiste el bien del alma, y obrè de mi parte con el dezeo de inclinar à los que como yo, llegaron tarde»¹¹.

¹⁰ Algunos datos cronológicos, muy escuetos, pueden contribuir a situarnos en el marco ambiental en que aparece la obra de Pereyra. 1615: autorización a los judíos para ejercer públicamente su culto en las Provincias Unidas. 1618: conflicto en la Comunidad a raíz de los rituales de sacrificio de animales. 1619: autorización de residir en Amsterdam. 1623: Uriel da Costa cuestiona la inmortalidad del alma y es anatemizado por Semuel da Silva. 1624: Respuesta de da Costa a da Silva; el *Examen das Tradiçoens phariseas* cuestiona, por primera vez, el valor de la tradición al interpretar la Escritura. 1632: nace Baruch de Espinosa. 1633: *herem* contra Uriel da Costa. 1639: unificación, con Saul Levi Morteim como *Haham*, de las tres comunidades sefarditas en la *Talmud Tora*; libro de R. de Aguillar contra da Costa. 1640: suicidio de Uriel da Costa. 1643: fundación de la Academia *Keter Torah* por S. Levi Morteira. 1650: *Esperança de Israel* de Menasseh. 1656: A. Pereyra funda la yesiba *Torah 'or*; el 27 de julio, *herem* contra Espinosa, Juan de Prado lo evita retractándose. 1658: investigación contra Prado y Rivera; *herem* de Prado. 1663: *Carta inactiva* de Orobio de Castro contra Juan de Prado. 1665: proclamación de Sabatai Zevi como Mesías en Gaza ... 1670: *Tractatus theologico-politicus* de Espinosa. 1671: Abraham Pereyra publica su segundo libro: *Espejo...*

¹¹ *Certeza...*, «Prólogo al lector».

II

La armadura teórica que, sobre tales supuestos, articula la coherencia interna de los dos catecismos de Pereyra, no puede, naturalmente, ser otra que una, profundamente interiorizada, teoría de la *sumisión* total. En el hogar del padre no se habla, se escucha su voz y se obra en consecuencia. Por vía negativa, algunos de los que serán los grandes temas de espinosismo vienen así a quedar extrañamente planteados, como en un espejo distorsionador: *libertad, temor, esperanza, Estado y poder, amor dei*, van desfilando por las páginas del discreto Pereyra, en lo que viene casi a ser, *avant la lettre*, una *Ethica* rigurosamente subvertida. ¿Subvertida, digo? No, erecta y bien erecta sobre sus firmes pies tradicionales. Extraño apuntalamiento de un mundo en el momento mismo en que, en Rijnsburg, el hijo maldito de Michael de Espinosa está arrojando, sin prisa ni pasión, sobre el papel las palabras terribles que, como en un perverso juego cabalístico vuelto del revés, lo harán derrumbarse como castillo de naipes; pulverizarse, anonadarse en el viento del pasado para siempre.

Una es la salvación del pueblo de Israel: el *amor* a su Dios, que lo libraré, llegado el día, del sufrimiento inmenso —pero no inacabable— de su cautividad en tierra de gentiles. *Dos son los instrumentos* que a él conducen a quienes, extraviados en el mundo, lo perdieran: el *temor* a la ira de un Señor de justicia, y la *esperanza* en la final reconciliación de Adonai con su pueblo. Y, a fin de cuentas, ambos, temor y esperanza, sólo nombres imperfectos de ese único *amor perfecto del Dios*, en que se resume la ley toda.

Modelo soteriológico por excelencia, el judaísmo ortodoxo de Abraham Pereyra es ante todo el intento de recuperar las virtudes esenciales que el contacto prolongado con «la idolatría», ha ido reblanqueando en los tiempos oscuros. Su mesianismo teleologista, en estado químicamente puro, nos permite, de forma privilegiada, comprender en detalle cuáles y de qué peso han sido los elementos del «sentir común», del pensar cotidiano y nutricio de la nación hispanoportuguesa de Amsterdam, frente a (pero desde) los cuales se constituye la poderosa máquina de destrucción espinosiana. Y es este teleologismo, esta aceptación fervorosa del destino luminoso de Israel lo que atrae sobre Pereyra la admiración y el cariño de sus compatriotas, aquellos mismos que maldecirán infinitamente sobre el pulidor de lentes:

«enô se contentado —escribe el Hacham Ishac Naar acerca de la *Certeza*...— com ser fautor e amador da Ley, e seus proffesores; reconhecendo, quam obligatorio e meritorio seja, o empregar o tempo no sacro estudo das Divinas Letras, se applicou con tanto cuydado a ella (fre-

quentando a acistencia das Yessibot, e lição dos livros espirituays, que no nosso vulgar idioma pode alcançar) que em pouco tempo avançou, ò muyto que mostra neste ramillete de diversas flores de agradavel fragancia, colhidas no Jardim do sagrado estudo que o fogo de seu fervoroso zelo, offrece a luz do mundo, para beneficio publico, com esplendores de claras verdades, e proveytosa doutrina, que nesta obra se contem: toda ella, vi, è li com particular atençaõ, e naõ acho que reprovar, muyto sim, que admirar e louvar; a segurando, que todos que se quizieran aproveitar de seus documentos, deyxando o errado caminho, que precipitados os guia, a o jnfausto precipicio de sua perdiçaõ; os conduzirá pella Certeza do Caminho, á o felice porto de sua salvaçaõ»¹².

Tratemos de seguir la orientación de la brújula que Abraham Pereyra propone para llegar a tan buen puerto.

Una y otra vez, *la culpa* reaparece, nos acecha, hace obsesiva, casi paranoica, la escritura del judío madrileño: el extravío por los senderos del mundo, el amor de las cosas que nos condujera al olvido del amor único y excelente: amor del Dío, que a todo otro amor se opone con saña:

«Es necessario advertir, que frutos son los que nacen del amor divino, y los que producen del amor propio. El amor de Dios, haze la voluntad del hombre justa, santa, benigna y humilde: mas el amor propio, la haze injusta, sobervia, altiva y facinerosa. El amor de Dios, haze la voluntad, quieta, dulce, amable; mas el amor propio, la haze turbia, inquieta, amarga, renzillosa, y aborrecible. El amor de Dios haze la voluntad, muy larga, ancha y capaz: mas el amor propio, la haze angosta, apretada y estrecha. El amor de Dios la haze libre, y no sujeta a criatura alguna: pero el amor propio, somete la voluntad a toda criatura, y la haze sierva, y cautiva. El amor de Dios haze firme, fixa, y entera, con virtud perpetua: mas el amor propio, como conversa con la criatura, que es vana mudable y corruptible; haze la voluntad instable y sujeta a toda vanidad. El amor de Dios hace la voluntad muy unida, y por esso muy fuerte; pero el amor propio la haze divisible y fragil. El amor de Dios, haze la voluntad rica, y harta de bienes; mas el amor propio, la dexa vazia, hambrienta, vana, y menesterosa de todos los bienes. El amor de Dios, haze a la voluntad, que viva en su tierra, en su Reyno, y en su casa; y el amor propio, la haze desterrada, advenedisa, peregrina y viuda sobre la tierra. El amor de Dios, haze la voluntad, pallarda, prudente, y hermosa; mas el amor propio, la haze horrible, fea, obsena, y necia, con torpes pensamientos. Finalmente el amor de Dios alumbrá la voluntad, y entendimiento del hombre, para que se conozca a si mismo, y a Dios; mas el amor propio, porque es tenebroso, alumbrá el coraçon, con una oscuridad muy espesa, porque ni se conozca a si, ni a Dios: por ser tal la fuerça, destemplança, y violencia deste apetito; que privandola de toda razon, la haze atropellar por todos los inconvenientes, para matarla con su mismo desseo»¹³.

¹² Cf. nota 5.

¹³ *Espejo...*, pp. 58-59.

Pero, hacer que el *amor dei* suprima todo otro *amor*, toda sospecha de afección a cosa alguna, está grávido de consecuencias cotidianas muy inmediatas: renuncia, aceptación de lo impuesto, *sumisión* perfecta al fin, que remite a una teoría del sometimiento querido, en nadá lejana a la *servitude volontaire* de un Etienne de la Boétie. Porque

*«todo es vano y perecedero, quando no es referido á Dios, de quien procede todo bien, y en quien están todas las cosas, no te gloríes pues vanamente, hombre mortal, inclinado à el mal & inconstante en el bien; no te confíes en ti mismo, presumiendo muchas cosas de ti; procura esta paz y vnion de cuerpo y alma, que es de Dios muy amada y referida en las sagradas escripturas, la qual hallaràs, en disponiendote a servirle con alegría de tu coraçon, imprimiendo en el su Divino amor y temor, de que se seguirán todas las màs virtudes, como ramas que salen deste celestial arbol»*¹⁴.

Toda mundanidad debe disolverse ante la dimensión extática del *amor dei*. Inmerso en una perspectiva en la que parecen —paradójicamente sólo en apariencia— resonar las fórmulas más estrictas de la mística cristiana (las de un Tomás de Kempis¹⁵, por ejemplo, hablando de la necesidad y hermosura del estar sometido), Abraham Pereyra se empeña, voluntarioso, en la más rigurosa supresión de las formas perversas del amor: sus variantes espirituales. Porque *amor* no es, desde luego, erótica, bien claro está,

*«por que el amor de Dios es tan delicado, que no consiente otro ningun amor que no sea tan puro como el, debes poner en esto mucho estudio y vigilancia, por que es tan sutil este amor del mundo, que se mezcla y entremete, debaxo de titulo espiritual, penetrando como domestico y amigo, siendo estraño y inimigo del alma»*¹⁶.

Pero tampoco es *amor* conocimiento, como tratará blasfematoriamente de erigirlo el pulidor de lentes: llamar al amor de Dios *amor dei intellectualis* es quizás la forma más radical de cometer el

¹⁴ *Certeza...*, pp. 49-50.

¹⁵ Me parece más justo este acercamiento del *De imitatione* a los escritores ortodoxos judeo-españoles que la —muy cuestionable— propuesta por Víctor COUSIN acerca del, en mi opinión forzado, paralelo Spinoza/Kempis:

«Spinoza est un mouni indien, un soufi persan, un moine enthousiaste; et l'auteur auquel ressemble le plus ce prétendu athée, est l'auteur inconnu de l'Imitation de Jésus-Christ.»

(«Spinoza et la Synagogue des Juifs Portugais», artículo de septiembre de 1836, recogido en *Precis d'histoire de la philosophie moderne*, París, 1856, pp. 123-124.)

Creo innecesario subrayar que la totalidad de la formulación de Cousin resulta de una banalidad desmoralizadora.

¹⁶ *Certeza...*, p. 52.

acto de impiedad supremo, la más imperdonable de las fórmulas blasfemas que conoce la tradición rabínica: «pronunciar el nombre de Dios con sus letras»¹⁷.

Conviene, por eso, no llamarse a engaño por la proximidad de las fórmulas, y menos aún por la apariencia, explícita —y engañosamente— neoplatonizante de los textos. Lo que, metafóricamente, designa Abraham Pereyra como los tres grados de «conocimiento del Criador»¹⁸, difícilmente podría ser entendido como una simple gradación intelectual ascendente. El modelo es, *sensu stricto*, más propiamente cabalístico que platónico¹⁹, en la medida misma en que la operación noética última, definitiva de los modelos rigurosamente platonizantes, vese aquí sustituida por una dinámica del sometimiento progresivo a la Santidad del Nombre Divino, a través de la explícita mediación del Texto Sagrado y de las liturgias eclesiales que le son propias, que más haría pensar en el ecléctico hermetismo renacentista que en la limpia demarcación del libro VI de la *República*:

«Tres cosas son las cosas que encaminan al hombre al conocimiento de su Criador, por cuyo medio conseguirá este divino amor y temor de que tratamos, y se distinguen en tres grados vno mas supremo que otro, estas son el mundo Angelico, el spherico, y el inferior; pues por las excelencias de cada vno, y la perfección de sus criaturas se conoce la grandeza de quien los formó, en cuya significacion dízimos, tres vezes, Sancto, Sancto, Sancto, A. Sebaoth, mostrando en la palabra

¹⁷ *Misná*, San., X, 1. Utilizo la traducción de Carlos del Valle en la Editora Nacional, Madrid, 1981.

¹⁸ Qué sea lo que Abraham Pereyra entiende por «sabiduría», ese artilugio soteriológico, queda, por lo demás bien explícito a todo lo largo del cap. 3 del tratado III de la *Certeza*...

«La verdadera sabiduría tómala por compañera; siquieres ser dichoso, seguro, salvo, y bienaventurado; por que esse es el verdadero caminar, vivir, y la segura libertad, y lo demás es esclavitud de nuestro entendimiento: bienaventurado aquel que lo aplicare al conocimiento de la verdad, y con ardiente zelo, se assufriere en ella, pues assi mediante el haverse empleado en amar, temer y obedecer à Dios, guardando sus Divinos preceptos, recibirá el fructo á que todos devemos aspirar ... Que cosa ay más preciosa, que el entendimiento para saber vivir? las consolaciones, amonestaciones, y reprehenciones, todas son para alcançar el perfecto estado del animo; porque no ay cosa que tanto nos enseñe la honestidad, y revogue del mal al bien, como conversar los Hahamim profesores de nuestra Sancta Ley, pues su doctrina poco apoco se entra en el pecho, haziendonos capaces, y participantes en su sciencia; por que tratar con hombres sabios es aprovechar bien el tiempo; este huye sin que se pueda cobrar, y assi devemos estar muy despiertos y alerta; por que si nos descuidamos, muevenos y passa presto, y assi somos llevados sin saberlo; ordenamos todo con mucho afán, para el tiempo venidero; y no hazemos caso de lo que tenemos delan^{te}; y assi el tiempo buela y nos bolamos con el» (pp. 57-58).

¹⁹ Para un estudio detallado de las interferencias platonismo-cabalismo, fuera es remitirse a los documentados trabajos de la profesora Yates.

Sancto, ó separado, que su Divina Magestad es más sublime, que todo lo contienen estos tres mundos, y en correspondencia destes tres mundos, nos encomendó su inmensa sabiduría tres preceptos, para que nos sirviessen como de despertadores, à essa consideracion, dandonos motivo a deponer de todo quanto el mundo tiene, empleádonos solamête en obedecerle, amarle, y temerle, estos son, la Circuncion, el Cicith, y los Tephilim; el de los Tephilim es simbolo de las inteligencias separadas de la materia, y por esso manda la ley se pusiessen en la cabeça sobre el celebros, y en el braço enfrente del coraçon, por que todo es espiritual, y de donde mana la vida del hombre; el Cicith significa el mundo spherico que cubre todo lo contenido en el inferior, y la Circuncion, vltra de los grandes misterios que encierra, significa tambien el ser, y composicion deste mundo, y por que el hombre es parte del, está este precepto sellado en su carne, de donde se infiere que el hombre q amando à Dios, observare su divina Ley, es simbolo de todos los mundos, estando coronado con los Tephilim, embuelto con el Cicith y sellado con la Circúcion»²⁰.

Ascenso, pues, tipificado por los rituales y aun las revestiduras, hacia una divinidad fuertemente antropomorfizada, cuyo primer atributo es el del poder infinito que inspira el infinito temor, único modo de relación que al alma humana le es dado mantener con Ella («lo que después deste Sancto amor se requiere es temor, el qual procede del mismo amor»²¹): el amor dei es, para Pereyra, la forma más elevada del temor desmesurado que liga al hombre con el Ser Supremo.

«Este temor es guarda de la inocencia, y por esto conviene que esté muy arraigado en nuestra alma; segun lo que pidia el Propheta David, quando dizia: Erizose de tu pavor mi carne, porque de tus juizios temi: de modo que no se contentava el Santo Rey, tener el temor de Dios arraygado en su alma; sino que queria tambien que le traspasasse las entrañas, para que este grande dolor, le sirviessa de perpetua memoria, y despertador, para no hazer cosa com que offendiesse los ojos de quien assi temia; por lo que dizimos con mucha razon, que el temor del Señor arroja el peccado, y acrescienta dias; porquenaturalmente, lo que se teme, y respeta mucho, es el rezelo mayor de dessassonarla»²².

Temor supremo, que a lo largo de la cadena mediadora de los temores mundanamente cotidianos va gestándose:

«Dize el Sabio Bienaventurado el hombre que anda siempre temeroso, como si mas claro dixera á todo tiempo debes andar apercebido con el temor Divino, no viviendo jamás descuidado, por que andando tan cercado de peligros en esta miserable vida, el que quiere ser bienaventurado deve andar siempre temeroso, mirando que assiste en este pielago de desdichas ... assi de improviso sin quererlo ni procurarlo

²⁰ Certeza..., p. 53.

²¹ Ibid.

²² Certeza..., pp. 61-62.

nadie, viene la tentacion y el trabaxo, y deshaze y convierte en nada, las riquezas, honras y favores del mundo, por lo qual quando más seguro estás, debes temer más el peligro; los que navegan por el mar (dize el Sabio) cuentan sus peligros, pues son tan grandes que no basta a dezirlos, sino quien los ha experimentado; la navegacion que hazemos entre las tempestuosas olas del presente mundo, tanto es más peligrosa que esta, quanto es más perjudicial al reposo que nuestra alma espera, llegando al puerto, que es aquella eterna felicidad que pretendemos: sus aguas son amargas, como lo son todas las humanas consolaciones, adonde los poderosos como peces grandes, comen y destruyen los pequeños: y como crescen y descrescen sus olas, quebrando todas en la tierra; assi el mundo nunca para, subiendo à unos y baxando à otros, y vienen todas sus vanidades á acabar en la sepultura. Si el mar es amargo, que cosa mas amarga que el mundo? fatiga con cuidados, oprime con calamidades, y atormenta con dolores, y como el mar, arroja fuera de si á las riberas, ostras crangejos, y otras semejantes vascosidades, y luego buelve á recoger estos mariscos, y los lleva al hondo; assi el mundo nos arroja de si, y luego nos buelve à recibir, y quando pensamos estar seguros en las riberas, y tener algun descanso, entonces nos hallamos cercados de mayores calamidades, y engañan nuestra esperança varios casos, y faltos de prometimientos del mundo; si el mar se muda con diversas tempestades, vientos, y tormentas; ay contraste que no padescan los que siguen el mundo? son combatidos de la soberbia, ambicion, codicia, odio, imbidia, sospechas, y grandes dolores; siempre padece el mar continua inquietud, à lo qual están sujetos los servidores del mundo, pues sus desasosegados coraçones, siempre son pungidos de importunos, y varios pensamientos: por que. El coraçon del malo es como mar que hierve, y no puede estar quedo»²³.

Y, sobre el telón de fondo del temor, la culpa interiorizada va entretejiendo la tela de araña de la añoranza misma del castigo propio, la aceptación obediente del peso de la cólera divina, en esa dinámica masoquista que cristaliza la simbólica del Padre:

«que Dios quando nos castiga es como padre, que lo haze para nuestro mayor beneficio, porque, q hijo ay q no sea castigado de su padre? pues si careciernos deste castigo, por que an passado todos los hijos, nos destrayremos como succede à los mal doctrinados ... que el officio de padres es castigar, y emmendar asus hijos, y assi el de los buenos hijos ha de ser baxar la cabeça, y tener aquel castigo por grandissimo beneficio, y por muestra, y efetos de coraçon, y amor paternal»²⁴.

Como impiedad epicúrea debe ser fulminada toda veleidosa tentación de dicha. La búsqueda de la felicidad es vano afán que aparta de la fascinación aterrada que produce la cólera divina. Sólo al instalarse en el ámbito imaginario de la infelicidad inevitable, puede el hombre situarse al fin en el camino que lo conduzca defi-

²³ Certeza..., pp. 54-55.

²⁴ Certeza..., p. 68.

nitivamente fuera de este mundo. La trascendencia pasa, necesariamente, a través del fuego purificador del sufrimiento resignadamente aceptado. De ahí el curioso imperativo categórico que resume la moral farisea de Abraham Pereyra:

«Ultimamente sobre todas [las demas] consideraciones y eficazes remedios, añadiré el más seguro para conservar esta paciencia, y obediencia en los trabajos; que es, el andar siempre prevenido para estos sinsabores, por que, que se puede esperar de este mundo, sino penalidades? demodo que andando el hombre dispuesto a infelicidades, quando viniéren no le cogerán desapercibido, mas antes considerando son cosas que pueden suceder, y cada día succeden, las tomará con buen animo, como acarreadas de sus peccados; desto se le seguirán dos provechos, el primero, que no sentirá con tanto exceso los infortunios, pues antes los estuvo padeciendo en la imaginación ..., y el segundo, que por medio desta paciencia, conseguirá el haver hecho à Dios el mayor sacrificio»²⁵.

Mas no basta, para que la infelicidad y sumisión en el amor divino sean perfectas, la dinámica primaria del temor que atenaza almas y cuerpos. Como de su imagen en el espejo, precisa la pesadilla del miedo del contrapunto ensoñador de su otro nombre imaginario: la *esperanza*, el lugar de la teleología callada y apacible, la cotidiana presencia de una certidumbre con que encubrir el rostro insostenible de la divina cólera. Rostro de consuelo, allá donde

«el alma se alegra en contemplar la divina sciencia, con la esperança en el divino Señor, que en las tribulaciones es tan grande ayudador, y gualardoneador, que mindra los trabajos, à los que tienen su firme confianza en el; este es el verdadero thezoro; esta la certeza del camino; este el comun puerto, y remedio de todas las miserias desta vida; este el consuelo de los trabajos, alegría, y esfuerço en el angelico camino»²⁶.

Y uno no puede evitar un cierto escalofrío, al leer en la pluma eclesial del judío madrileño, el eco piadoso, en dos siglos anticipado, de las palabras mordaces que otro judío —de Tréveris éste, y laico hasta la causticidad más corrosiva— escribirá acerca de la fantasía religiosa, soteriológica en general. El «opio religioso» parece resonar, de pronto, en el texto, como lenitivo en la compunción, alma de mundo desalmado: su nombre es *esperanza*. Porque

«la esperança de la gloria venidera, dà descanso à los que por ella trabajan en esta vida, assi como mitiga el dolor de las heridas que el soldado recibe en la guerra, la esperança del premio, que desminuye

²⁵ Certeza..., p. 70.

²⁶ Certeza..., pp. 205-206.

la fuerza del trabajo; con que mucho menos deven sentir los trabajos, los que los reciben con la constancia que tienen en el D.B.»²⁷.

Poco más lejos se puede ir en la definición de la función de producción y reproducción de poder, de dominación, que es específica de la *esperança*. De hecho, todo lo que queda —y eso lo acometerá Espinosa con precisión milimétrica— es dar el vuelco a las valoraciones: definir la sumisión como pasión triste y odiosa, allá donde Pereyra muéstrase complacido en la humillación; oponer a su tremendo deseo de tristeza el gozo de la pasión alegre; la libertad, a la esclavitud voluntaria. De acuerdo: el vuelco es inmenso, todo un mundo se hunde con él. Innecesario —por obvio— decirlo siquiera. Pero, ¿hubiera sido posible acometerlo, si en la cabeza de aquellos de quienes Pereyra es sólo paradigma, no se hubiera producido ya la asimilación definitiva esperanza-sumisión-temor, que, llevada al límite, exasperada hasta lo insoportable, exige ese tajo implacable con el que Espinosa inaugura un mundo discursivo manifiestamente nuevo? Sólo lo que ha cristalizado hasta sus últimas consecuencias puede ser aniquilado. Nada desaparece sin haber agotado al límite su cúmulo de posibilidades. ¿Habremos de invocar de nuevo al judío de Tréveris, la *podredumbre laboratorio de vida*, las *soluciones que preceden siempre a sus propias preguntas*? El odio racional de la *esperanza*, su fulminación en los abismos del horror, del despotismo y de la sumisión, que Espinosa culminará con una limpieza teórica que no puede dejar de producirnos un cierto estupor, sería literalmente impensable sin este paso previo: la asimilación autosatisfecha de la esperanza con el espacio inasequiblemente feroz de esa cólera divina a la que el rabino y su amante llaman *amor dei*.

La miserable voz de Abraham Pereyra se convierte, así, en el conjuero que anuncia y exige su fulminación en el vacío, «*en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada*». No queda ya más que dar el vuelco final a aquel que todo lo ha disuelto en la teleología. No quedan más opciones que la aceptación de la abyección más inmundada, o bien la instalación en la más radical de las subversiones, el salto hacia el vacío de la no-teleología radical, para quien ha pasado —personal o culturalmente— por una escritura como ésta en la que la esperanza, placer del siervo, elemento crucial de una erótica de la servidumbre, es, sobre todo, venerada:

«pues no solo sirve la firme esperança para alcanzar su dezeàdo fin, si no tambien, para todos los medios que para el se requieren; y generalmente para todas necessidades, y miserias desta vida; por que por ella es el hombre socorrido, y defendido en sus peligros, consolado

²⁷ *Certeza...*, p. 206.

en sus dolores, y ayudado en sus enfermedades; por ella se alcanza el favor, y misericordia del Señor, que para todas cosas nos ayuda»²⁸.

El drama del personaje sartriano parece casi puntualmente dibujado: la respuesta es previsible —históricamente previsible. Si Dios es todo, nada es el hombre, miseria sola resignada e impotente, amorfa viscosidad en la esperanza; pero si Dios fuere suprimido, si el Dios de Israel se viere relegado a los abismos de su propio e infinito rencor, entonces... Entonces no habría lugar ya más que para un espacio de la absoluta libertad —y, consiguientemente, para una teoría de la representación imaginaria, que me permita comprender a través de qué mecánicas de distorsión, de simulacro persuasivo, de seducción en fin, la servidumbre misma impuesta por la imagen del padre ha ocupado en mí el lugar de mi consciencia autónoma. *Abraham Pereyra o Espinosa*. El rabino o el apóstata. Ambos rostros del marrano. El segundo abrirá el curso del más radical de los discursos de la modernidad; el primero —su hermano, su enemigo mortal, gemelo suyo al fin— evocará, ante la espera del Señor de Israel, la piedad del silencio:

«y se entiende aquí por silencio la quietud, y reposo interior del alma, en medio de los trabajos; que es efecto desta esperança, la qual destierra della toda solitud, y congoxa desordenada, con el favor que espera de la misericordia divina»²⁹...

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*